

[23]

## **CRISIS DE OBEDIENCIA. CRISIS DE AUTORIDAD**

Una posible solución a partir del Nuevo Testamento

Félix Casá

*Una gran amplitud y la tendencia a edificar positivamente, caracterizan este planteo para una revalorización de la autoridad y de la obediencia a la luz del NT y en relación con esa realidad cristiana que es la libertad.*

*“Estamos ante una terrible crisis de obediencia”. “Estamos ante una terrible crisis de autoridad, ante un vaciamiento del concepto y de la realidad de la autoridad”. Se pueden escuchar estas, frases, casi diríamos en forma indistinta, según el lugar que ocupa quien las pronuncia. Si se hace un panel acerca de “Problemas de obediencia-autoridad hoy” se puede llegar a cualquiera de los dos extremos y no sin argumentos. En este trabajo, plantearemos la dificultad desde un ángulo primariamente de *Iglesia*. Dejaremos de lado el tema de la autoridad a nivel estado o a nivel internacional, porque el problema se ha complicado de tal manera en los últimos años, que nos llevará un siglo hallarle solución.*

Ciertamente, en esta segunda mitad del siglo xx las relaciones autoridad-obediencia sufrirán un vuelco total y su solución pertenecerá a aquellas conquistas de la Iglesia que marcan su marcha en el mundo.

Hay personas que pierden la tranquilidad cuando se plantean esta cuestión en la Iglesia, sea porque crean que en este terreno ya todo está dicho y que se trata de conquistas de los siglos pasados, sea porque piensen que el mero planteamiento de semejantes cuestiones terminará por destruir a esta. Surgen entonces argumentos históricos buscando semejanzas con las crisis del siglo xvi y las crisis de hoy.

[24]

Nos parece que el problema de la obediencia en la Iglesia debe ser enfrentado con sinceridad, con fe, esperanza, y por ende con *optimismo*, si creemos que el Espíritu Santo está en medio de la Iglesia.

El problema de la autoridad es uno de esos problemas que se profundizan con el diálogo entre el evangelio y el mundo, ya que el *modo* cómo se ejerce la autoridad apostólica está condicionado por los momentos concretos que la Iglesia vive. El modo de enfocar aquí el tema es, quizás más que nada, fruto de una intuición. Creo que esa intuición se halla ya en el N.T. y hasta aventuraría la idea de que Jesús mismo la ha formulado, si no con sus palabras, al menos con su vida. Quizás el punto de partida desde el cual comenzaremos esté muy influido por la crisis de autoridad-obediencia que (felizmente) se da en la Iglesia católica romana. Es evidente que dado el enfoque estructurado de autoridad-obediencia dentro del catolicismo romano; sea aquí donde más se ha sentido el choque. Con todo, algunas invitaciones personales a asambleas de otras Iglesias cristianas me hace presentir que también allí se atisba una crisis de autoridad. Con todo, como apuntamos, nuestra óptica se sitúa en el problema de la Iglesia romana.

Quisiéramos señalar en este caso de la Iglesia romana, un elemento más que ha provocado la crisis. En gran parte, para la Iglesia romana la autoridad se basa en esquemas sacrales cuya expresión es *sacramental* (episcopado-presbiterado-diaconado). Eso da un carácter muy sacral a todo el ejercicio de la autoridad. Dado el concepto católico romano de los sacramentos como acciones de Dios o de Cristo, se entiende que toda autoridad sea vista como autoridad de Dios. Esto ha dado pie a casos en que el obedecer puede llegar hasta quitar la responsabilidad del hombre frente a Dios. Esto por supuesto no ha sido nunca doctrina oficial de la Iglesia romana, pero siempre ha estado rondando los tratados de ascética cuando se habla de la obediencia.

En el caso del sumo Pontífice esto es iluminado por una luz nueva, dado el carisma de infalibilidad que en ciertas ocasiones goza el sumo Pontífice con respecto a sus fieles.

Estos son los hechos, expuestos más o menos sintéticamente y con todas las reservas que suponen estas síntesis.

Desearíamos aclarar nuestro pensamiento para evitar hermenéuticas falsas, apoyadas sea en malentendidos sea en visiones apologéticas. Creo que en la Iglesia debe haber una autoridad y autoridad no meramente persuasiva. Como católico romano creo que muchos elementos de esa "autoridad-obediencia" se hallan como tales en el N.T. o nacen del N.T. como punto de partida, aunque fueron gestándose en un largo proceso histórico. Sería un caso más del principio que creo válido: *Dios se revela en la historia*. Y de otro principio que creo también válido: *Jesús dejó un proyecto de Iglesia*. Proyecto que en la historia se fue gestando empíricamente de

[25] modo dado. Y por eso es necesario de vez en cuando detenerse para analizar la realización de este proyecto. Por supuesto que este “hacerse” de la Iglesia en la historia se entiende sólo a partir del N.T. y por eso la problemática de este trabajo sería un partir del N.T. para analizar la marcha de este proceso.

## **Problemática**

Tanto el concepto de autoridad como el ejercicio mismo de la autoridad en la Iglesia fueron revelándose a partir de ciertos presupuestos nacidos en el mundo de entonces. Algunos presupuestos serían: el carácter sacral de toda autoridad, el influjo de Israel en la Iglesia y quizás el concepto de autoridad nacido del Imperio romano, al menos en un segundo momento.

Otro elemento que, creo, ha pesado en el modo de ejercer la autoridad, ha sido el influjo de la segunda generación cristiana en la marcha ulterior de la Iglesia. Entre los rasgos de esta segunda generación cristiana estarían: un romántico mirar hacia el pasado, una idealización del pasado, quitando los rasgos menos “edificantes”, el influjo personal de los “parientes” de Jesús en la Iglesia de origen judío, y sobre todo la vuelta a cierto legalismo como búsqueda de seguridad. Aquí pondríamos también una acentuación de la jerarquía para impedir los desvaríos de las nuevas generaciones. Junto con ello se acentúa lo que llamaríamos un proceso de dogmatización, o sea, el nacimiento de una “ortodoxia” como tal. Vemos cómo todos estos elementos convergen hacia un foco común que sería la búsqueda de una seguridad. Esto no lo decimos ni con afán de crítica frente a este proceso, ni como una invitación hacia el fundamentalismo, sino que creemos que en un proceso como el de la Iglesia naciente, debía darse necesariamente.

La presencia de este proceso daría como resultado por un lado lo que llamaríamos un “deslizamiento hacia lo moral” y por otro lado un movimiento de centralización. Para probar esto bastaría con citar la Didaché y las cartas de Ignacio Mártir. Tanto la moral como la autoridad aparecerían como pasos necesarios para ir a Dios. Por supuesto que planteos semejantes se hallan en los escritos posteriores del N.T.

Resumiendo: diríamos que la autoridad en la Iglesia se desarrolló dentro de un clima sacral —hasta con ribetes de mítico— y de hecho termina con un concepto de autoridad que tiene mucho de estructura. Lo llamaríamos, a falta de otro término, la autoridad como “cosa”. En el peso de la autoridad no aparecería tanto el valor de la persona que lo ejerce, cuanto el rito que dio origen a esa autoridad o la delegación jurídica que se posee. Creeríamos que en esta concepción de la autoridad habría mucho de juridicismo y de nominalismo. Cuando Harnack dice que una comunidad empírica

[26] no se rige tanto por la palabra, sea esta oral o escrita, sino por personas empíricas con su modo concreto de actuar, estaría diciendo algo en esta línea.

## **La sociedad**

Hoy las bases de la autoridad han cambiado porque estén cambiando las bases mismas de la sociedad. Sería raro que dentro del cambio actual, el concepto de autoridad quedara al margen del proceso. Nos preguntamos cuáles serían hoy algunos presupuestos para que se pueda dar una autoridad. Pongamos un ejemplo sacado de la vida de hoy. El concepto de padre de familia unió hasta ahora lo biológico con lo sacral. El padre tenía, por el proceso mismo de generación, una cierta aureola de sacralidad que hacía pasar el proceso biológico de paternidad a un segundo plano. Hoy este enfoque sacral ha desaparecido en gran parte por no decir totalmente: el ser padre de familia es, para muchos jóvenes, un proceso meramente biológico, tal como aparece en la nueva concepción del sexo que está apareciendo. ¿Puede una autoridad basarse en lo meramente biológico? Nos preguntamos si esta nueva concepción de la paternidad y de las relaciones obediencia-autoridad no ha llevado al extremo la lucha generacional.

Y dentro de su planteo esto vale de la relación profesor-alumno. Cuando el alumno exige a un profesor que tome posición frente a un compromiso político o social nos está diciendo que él entiende otra cosa por "profesor"...

Este replanteo debe hacerse a todo nivel y siempre, si queremos que la Iglesia y la sociedad rescaten *el concepto* de autoridad y sobre todo *la realidad* de la autoridad.

## **¿Una posible solución?**

Nuestra tesis podría resumirse así: Hoy por hoy la única autoridad que puede continuar es la *autoridad moral*. Por autoridad moral entendemos la autoridad que puede venir de la sociedad, pero que halla en la persona misma su fuerza. O sea que el concepto de autoridad se una más al concepto de *la persona* antes de verlo como algo que dimana desde fuera de la persona. Si podemos expresarnos así, diríamos que este tipo de autoridad no sería meramente jurídica, ni tampoco meramente extrínseca sino que la autoridad *abarcaría la persona toda*. La autoridad es para la persona misma que la posee, un don que abarca y toma toda su persona. Esto llamamos autoridad moral. Es decir que líder ya no es aquél a quien se lo designa desde arriba solamente, sino aquél a quien se le da una autoridad porque esa autoridad hunde sus raíces en la persona

[27] misma que la posee. En adelante autoridad y líder se identificarían. Pongamos un ejemplo sacado del sistema de seminarios de la Iglesia católica romana, pero que creo será valedero para otras denominaciones: en los seminarios donde se preparan candidatos para el sacerdocio se buscan y fomentan en ellos una serie de cualidades tales como la piedad, capacidad intelectual o capacidad para el celibato, pero nunca se lo examina para detectar su capacidad o espíritu de líder. Como si se pensara que la ordenación sacerdotal le dará automáticamente las cualidades de líder o como si el contexto socio-religioso hiciera lo que falta... Y esto que decimos de la Iglesia vale también para la sociedad en general.

¿Qué sería esta autoridad moral? En el plano humano esta autoridad moral se da cuando descubrimos en el otro un “plus” que nos subyuga. Resumiríamos ese “plus” en dos puntos: *autenticidad consigo mismo* y *visión de la realidad comunitaria*. Cuando se dan estos puntos, se está dando un ejemplo de madurez humana sin la cual no puede darse ningún tipo de autoridad.

*Autenticidad consigo mismo*: o transparencia de la existencia. Es la aceptación de las propias limitaciones o un asumirse a sí mismo tal como uno es. Esto significa un negarse a vivir de las apariencias para captar la realidad de las cosas. Nadie puede exigir de quien detenta autoridad que sea un genio, ni un superhombre, pero si que sea auténtico consigo mismo y sincero ante sí y ante las cosas.

*Visión de la realidad comunitaria*: así como no aceptamos la autoridad de quien es un escapista con respecto a su persona, tampoco aceptamos como autoridad a quien es escapista con relación a la comunidad. Y esto en último análisis porque la autoridad no tiene razón de ser en sí misma sino en la comunidad.

### **En el plano cristiano**

Después de haber visto el aspecto “humano” de la autoridad, pasemos ahora a un enfoque eclesial del problema. Pero antes de todo debemos poner dos premisas que son importantes:

a. — El cristianismo está llamado a vivir en la *libertad*. Es fundamental considerar la libertad como punto de partida. Es decir que la autoridad en la Iglesia está para salvaguardar la libertad. Esto va contra algunas concepciones de ascética hoy no tan perimidas como creemos, según las cuales a “mayor obediencia mayor perfección cristiana”. Semejante concepción es cuanto menos anti-evangélica. No negamos que la obediencia tiene su lugar en el Evangelio y que dimana del mismo N.T.; no negamos tampoco que la obediencia debe ser un holocausto como el de Cristo (Filip 2,5-11).

[28] Pero tampoco creemos que la libertad deba moverse entre los resquicios que le deja la obediencia. Debe verse pues la obediencia a partir de la libertad con que Cristo nos ha liberado. Aquí entra también el tema de la autenticidad como factor importante, ya que sin ella todo cae por tierra (Gál 5,13).

b. — La Iglesia es *carismática*. El carisma es un peso y una gloria en la Iglesia y no puede negarse sin que la Iglesia misma salga empobrecida (Cfr 1 Cor 12-14). Todo esto debe considerarse dentro del esquema de la *caridad* que, por ser el carisma por antonomasia, rige el juego de los demás carismas evitando roces innecesarios y hasta anti-evangélicos.

O sea, que si en la Iglesia hay líderes, son líderes que guían a cristianos en cuyo corazón actúa el Espíritu Santo. Lo cual torna el ejercicio de ese liderazgo en algo más espinoso de lo que ordinariamente se cree. Es decir que ni el que preside la comunidad ni los que en ella son guiados por el líder, deben olvidar la presencia y la acción del Espíritu. El Espíritu es así, dentro de la comunidad, un factor de equilibrio y significa una tendencia a igualar y a “emparejar” estamentos que de lo contrario, si no son vistos desde puntos de fe, serían irreconciliables. El hecho de que la Iglesia sea carismática hace que la autoridad en ella o se ejerce en un clima de fe o deja de ser autoridad evangélica.

Vimos que la autenticidad frente a sí mismo y a los demás y la visión de la realidad comunitaria serían las bases humanas de todo aquél que ejerce autoridad. ¿Qué agregaría a esto el planteo cristiano de la autoridad? A la “hombría” que se exige en toda autoridad debe unirse una *actitud de fe*. Es decir que seguimos como autoridad a aquél que como hombre va delante de nosotros y como cristiano por su fe y su entrega va delante de nosotros. Decíamos que para que se dé autoridad hace falta un plus y en este caso el plus debe darse a partir del *hombre* y a partir del *cristiano*. Deseamos que quien ejerce autoridad sobre nosotros esté sobre nosotros como hombre y como cristiano. Exigimos que a la maduración humana acompañe una igual maduración cristiana.

### **Vayamos al Nuevo Testamento**

Cuanto dijimos tendría el valor de un planteamiento de la cuestión. ¿Qué dice el N.T. a todo esto? El problema está conexo con el problema de los apóstoles o de los “doce” en el mismo N.T. Si analizamos los textos referentes a los apóstoles o a los “Doce”, veremos que la cuestión no es tan clara como a veces parece. Ciertamente que el N.T. parte del supuesto de que en la Iglesia hay quienes rigen y gobiernan, pero ¿cómo? ¿con qué atribuciones?

[29]

### *La autoridad de Jesús*

Sabemos lo difícil que es penetrar más allá de los documentos para llegar al pensamiento de Jesús. No decimos que el N.T. haya falseado el pensamiento de Jesús, sino que ese pensamiento debe ser tamizado por la crítica. La autoridad que Jesús posee viene dada de lo alto: los hombres vieron en él al Enviado de Dios. Llámese esto mesianismo o de cualquier otro modo, es indiferente para nuestro caso. Relatos como los del Bautismo de Jesús presentan a Dios mismo avalando la persona de Jesús, dándole una misión. Esto es la base. Pero Jesús no se quedó en eso. No se presentó ante los hombres con la sola carta que el Padre le había dado en el bautismo, exigiendo obediencia porque el Padre así lo había decidido. Según el N.T. Jesús está sobre todo, y es el juez de todos *también porque se entregó a todos*. Es verdad que esto aparece sobre todo a la luz de Pascua. Pero no olvidemos que la resurrección es la respuesta del Padre al Hijo que se entregó por todos.

*La autoridad de Jesús se basa en la carencia de fisuras entre el envío del Padre y el modo cómo Jesús cumple con ese envío.*

Jesús tiene autoridad porque se “jugó” del todo por su misión. Fue fiel a sí mismo y a su misión hasta el final. Se proyectó hacia los demás hasta poder ser en frase de Bonhoeffer: “*el-hombre-para-los-demás*”.

Esto aparece en la Iglesia de modo directo cuando la misma Iglesia tiene que solucionar problemas de autoridad o, mejor dicho, “problemas de los primeros puestos”. En estos casos se opondrá a las pretensiones de ocupar los primeros puestos, el ejemplo de Jesús, quien pudiendo ser el primero se hizo el servidor de todos.

Así, Jesús —el Mesías— es la autoridad suma porque respondió al llamado del Padre con una inmensa capacidad de servicio por los demás (Cfr Lc 22,24-27 y paral.; Mc 9,33-37 y paral.). Por eso dentro del N.T no tiene sentido pedir o desear los primeros puestos, aunque la escena se romantice con la presencia de una madre preocupada por el futuro de sus hijos (Mc 10,35-45). Para el mismo tema puede verse Jn 13,1ss o su "paralelo" en Filip 2,1-11.

Esta actitud de servicio o de proyección hacia los demás halla en la muerte de Jesús su expresión *totalizadora*. La autoridad de Jesús se basa en su muerte. La muerte significa la total entrega de Jesús. Sobre esta entrega se manifiesta la fuerza del Padre que lo resucita de entre los muertos. Por la resurrección la autoridad de Jesús vuelve a ser algo dado desde lo alto. Pero no olvidemos que ello pasa necesariamente por las actitudes anteriores de Jesús, actitudes de entrega y de servicio.

### *Época apostólica*

En lo que llamamos por comodidad época apostólica hay ele-

[30] mentos que se conjugan: el llamado o vocación, que posiblemente se identifique con las cristofanías post-pascuales, y la autoridad moral del testigo o sea la fidelidad a esa misión.

La autoridad se apoyaría por un lado en la experiencia del testigo como llamado por Dios. Aquí entraría el esfuerzo de Pablo por apoyar su autoridad sobre la cristofanía del camino de Damasco. Vemos así por qué en algunas ocasiones, como en el encabezamiento de la carta a los Gálatas, Pablo apoya su autoridad en la elección de Dios. Pero también notamos cómo en otras ocasiones Pablo trata de mostrar la sintonía entre el llamado de Dios y su correspondencia personal al llamado.

Cuando Pablo hace hincapié en los sufrimientos por llevar adelante su apostolado, lo hace precisamente para afianzar su autoridad (1 Cor 4,1-21; 2 Cor 3,1-6,13; 10,1-13.10). Un texto del mismo tenor lo hallamos en Gálatas 4,12-20 y casi toda la carta a los Filipenses gira sobre el mismo tema.

Si los corintios o los Gálatas no quieren obedecer a Pablo por haber sido llamado por Dios, que al menos lo sigan por cuanto Pablo sufrió por las comunidades. Quizás pocos hombres se han sentido tan posesionados como Pablo por el concepto de autoridad; quizás pocos hombres han corrido el riesgo de “mitificar” los orígenes de su autoridad como Pablo; pero también pocos hombres han sabido “des-mitizar” esa autoridad como él.

Se puede estar o no estar de acuerdo con los “arranques del carácter de Pablo”, lo cierto es que nos muestra un equilibrio admirable en cuanto al concepto de autoridad. Pablo es un hombre en diálogo constante con sus iglesias (2 Cor 11,29s).

Ello significa que si bien Pablo dio mucho a la iglesia también recibió mucho de la Iglesia. Ambos, Pablo y la Iglesia, hicieron sus experiencias mutuas y se enriquecieron con esas experiencias... Esto es fundamental. A veces nos encontramos con personas a quienes un largo ejercicio de autoridad dentro de la Iglesia termina por vaciarlas internamente y por empobrecerlas. La autoridad enriquece siempre si es ejercida según el Evangelio; hace crecer pero con la condición de que esté marcada por el signo del diálogo. Para Pablo la autoridad era un modo de servir a los demás y en esa actitud de servicio estaba el diálogo. Por eso no es de extrañar si hoy los críticos descubren que Pablo emplea textos de Isaías que se refieren al siervo sufriente y se los aplica a sí mismo y a su apostolado. Para Pablo el siervo sufriente no es Jesús solamente sino el apóstol. Así el apostolado es de hecho un reflejo de cuanto hizo Jesús mismo y también el apostolado conduce a la realización personal como sucedió con Cristo mismo.

### *Cartas pastorales*

Al poner como título de este apartado “Cartas pastorales” que-

[31]remos señalar más una época que los documentos mismos. Al pasar de una época a la otra notamos un cambio grande. Surge ya en la Iglesia la necesidad de una ortodoxia, “de un depósito de la fe” que debe guardarse celosamente y en forma intangible. Es decir que la Iglesia siente necesidad de permanecer fiel a sí misma. Es la situación que llamamos “segunda generación cristiana”. La Iglesia comprende que tras la muerte de los apóstoles deberá luchar por mantener su identidad. La Iglesia descubre que tiene que prepararse para una larga estadía en el mundo. Es lógico entonces que busque seguridad. El peligro estaría en que busque esas seguridades contra o al margen de la fe. ¿Cómo enfocar la autoridad apostólica para que no sea una “obra” que traiga seguridad e impida correr el riesgo que implica la fe?

La tentación de la Iglesia será desde ahora la tentación del *fixismo*. Surge de nuevo la “ley” en parte como búsqueda de una seguridad. Una etapa semejante era necesaria en la vida de la Iglesia y es llevada hacia ella por su propio dinamismo.

Esto no significa un fracaso del evangelio dentro de la Iglesia, sino que la institucionalización es el modo como la Iglesia tendrá que vivir en adelante el mismo Evangelio. Pero por lo mismo es este un momento de crisis profunda. ¿Cómo conservar la gratuidad del Don de Dios junto a la Iglesia como Institución? Creemos que es a partir de ese momento en que la autoridad ya no se ve como guía carismática sino como garantía de seguridad. Sin querer poner un momento taxativo en la vida de la Iglesia, creemos que allí se gesta un tipo de autoridad que deberá ser revisado constantemente so pena de descender a nivel de simple estructura. En el fondo, para el católico supone una revisión del concepto de sacramento aplicado al sacramento del Orden. O los sacramentos son modos de diálogos o descienden a nivel de *simples cosas*. Esta crisis surge cuando en este momento, el apostolado se “sacramentaliza”. La constante actitud de vigilancia sobre sí misma debe llevar a la Iglesia a evitar que el sacramento del orden haga perder lo carismático del apostolado. *No se trata de oponer infantilmente ambas cosas, sino hacer que ambas se enriquezcan mutuamente.*

### *Conclusiones*

El N.T. —si no Jesús mismo— funda la autoridad en la actitud de *servicio* y por supuesto en la *missio*. Este es el punto de llegada que nos habíamos propuesto. El N.T. *supone* y hasta digamos que exige una autoridad. Pero también aquí ha dicho su palabra el “humanismo” semita y en especial el hebreo para quien siempre el hombre prevalece sobre las estructuras.

¿Quién, entonces, es líder en el NT.?

Creemos que el líder es aquél que tiene mayor capacidad de

[32] servicio, de hacerse servidor de todos. Sobre esa actitud cae la vocación de Dios para ser líder.

Podríamos reducir todo a la frase de Paulo Freire: *Líder es el que se realiza haciendo que los demás sean*. No podría señalar las relaciones positivas de Paulo Freire con el N.T., pero creo que ha traducido textos como Filipenses 2,1-5 o 1 Pedro 5,1-4:

“Si la exhortación en nombre de Cristo tiene algún valor, si algo vale el consuelo que brota del amor o la comunión en el Espíritu, o la ternura y la compasión, les ruego que hagan perfecta mi alegría, permaneciendo bien unidos. Tengan un mismo amor, un mismo corazón, un mismo pensamiento. No hagan nada por espíritu de discordia o de vanidad, y que la humildad los lleve a estimar a los otros como superiores a ustedes mismos. Que cada uno busque no solamente su propio interés, sino también el de los demás. Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús”.

"Exhorto a los presbíteros que están entre ustedes, siendo yo también presbítero, y en mi condición de testigo de los sufrimientos de Cristo y de copartícipe de la gloria que va a ser revelada. Apacienten el Rebaño de Dios, que les ha sido confiado; velen por él, no forzada, sino espontáneamente, como lo quiere Dios; no queriendo dominar a los que les han sido encomendados, sino siendo de corazón ejemplo para el Rebaño. Y cuando llegue el Jefe de los pastores, recibirán la corona imperecedera de gloria."

### **Nota final**

Dijimos al comienzo que este trabajo sólo pretende ser un principio de reflexión. Más que soluciones pretendemos trazar pistas. Hay una objeción que recorre todo este planteo y que debe ser mirada de frente con toda autenticidad. ¿En este caso las relaciones autoridad-obediencia no estarían signadas por el subjetivismo?

No creemos que la autoridad meramente objetivizante sea una solución, sobre todo si se la analiza desde la crisis actual de la Iglesia. La autoridad objetivizante puede llevar a que se viva la Iglesia en dos planos. Uno sería el plano de la jerarquía que ordena, da decretos y estatutos y otro el plano de la vida real donde las cosas son llevadas por las "leyes" que la misma vida impone desde abajo....

Por otro lado el subjetivismo tampoco es solución porque es negar prácticamente toda autoridad. Y eso tampoco es Iglesia. Entonces ¿qué hacemos?

Como el libro de Jonás también nosotros terminamos con una pregunta. Dejamos la respuesta al lector.